

Pablo Muttini

# En tiempos de pandemia

*La muerte como un viaje*

© Pablo Muttini, 2020

© Agape Libros, 2020

AGAPE LIBROS

Av. San Martín 6863

(1419) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

agape@agape-libros.com.ar

www.agape-libros.com.ar

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.*

# Índice

ENCUENTRO.....	6
VERANEOS LARGOS.....	8
LA MAMÁ DE PANCHO.....	12
EL ABUELO MATERNO, O MEJOR DICHO, EL PAPÁ DE MAMÁ.....	17
EL PRIMER DOLOR.....	20
NOTA AL PIE.....	22
LA PAZ DE JESÚS.....	24
LA CULPA DEL MIEDO.....	29
EL REGALO.....	31
LIBRES.....	33
GUERRERO VALIENTE.....	35
GOLPE.....	40
DECIR QUE SÍ.....	43
HABLAR CON JESÚS.....	47
LA INFORMACIÓN.....	49
CASA VACÍA.....	53
DIOS Y LA MUERTE.....	56
CAMBIO DE MES.....	64
FIN.....	68



## Encuentro

Días pasados, un amigo con quien compartí los primeros borradores de este texto me cuestionó con mucho cariño y respeto: “¿Quién puede estar interesado en leer estas líneas?... porque si fueras un escritor conocido, o una «autoridad en la materia», vaya y pase... pero...” y el amor le cortó la inspiración. Imagínense que primero me resultó bastante duro el comentario, pero luego, inmediatamente después, me ayudó a pensar a quién estaba dirigido y con quién estaba interesado en compartir estas experiencias, sensaciones y oraciones. Así fue que enseguida del corazón me brotó una respuesta casi inconsciente. Le dije: “Quien esté sufriendo”, e inmediatamente traté de corregirme: “Quien esté viviendo”.

Me gusta mucho conversar con la gente. Sentarme a su lado y charlar de las cosas que les pasan, dulces y amargas. Claro que para las dulces siempre se encuentran orejas, pero para las amargas, muchas veces, nos queda reservada la soledad; un espacio que es necesario para comprender algunos procesos. Pero ciertamente buscar la soledad no es lo mismo que sentirse solo o, lo que es peor, saberse solo.

La enfermedad y la muerte siempre son momentos amargos y también, en la mayoría de los casos, de una profunda soledad.

## *El viaje*

Te invito a acercarte a este texto como a una charla, casual, espontánea, de esas que pueden surgir en la puerta del banco, la sala de espera del médico o, Dios mediante, entre amigos que comparten todo en la vida, y lo hago en la certeza de que siempre tienen sentido y siempre dan frutos, porque Jesús es un apasionado de la amistad y, cuando ve dos o más personas de algún modo reunidas en su Nombre, cumple su promesa, se hace presente e instantáneamente se produce el milagro: nos toca con Su Paz.

No sé concretamente en qué creés, en quién tenés puesta tu fe y tu esperanza, pero imagino que está un poco oscuro por allí. Tengo esta luz para ofrecerte y no quiero ni debo dejar de ofrecértela; para eso me fue entregada.

Ruego a Dios bendiga este encuentro.

## Veraneos largos

Cuando era chico, en mi familia teníamos la suerte de poder veranear muchos días. Salíamos pasadas las fiestas y recién volvíamos mediados de febrero. Papá estaba con nosotros todo enero y después, viajaba un fin de semana y al siguiente, de vuelta a casa. Esto no lo hicimos siempre, pero sin embargo, es la experiencia de veraneo que me quedó grabada.

Si uno sabe que tiene muchos días por delante, las vacaciones se viven de otra forma. Tomás tus tiempos, te das tiempo. A mí, por ejemplo, no me atrae nada el mar. Me produce mucho frío el agua, el sol me molesta y la arena... mejor ni nombrarla; pero obviamente, me gustaba la situación. Entonces, sabiendo que tenía tantos días por delante, iba tomándome tiempos para todo: los primeros días no me metía al agua. Al sol le iba dando lugar de a poco para no arrebatarme y con la arena comenzaba un juego de seducción que terminaba en una semana por reconciliarnos. Una semana más o menos me llevaba aclimatarme. Esto, por supuesto, no era algo programado, se daba naturalmente. La distancia nos quita los detalles pero nos regala el todo. La visión de conjunto.

Pasaba así los días, entre playa, amigos, vóley, mates, churros y partidos de truco. Sol y nubes. Mañanas y noches. Viento y calmas. Muchos días y muy divertidos.

## *El viaje*

Las vacaciones eran, a la vista de lo que uno puede hacer hoy, un regalo imperdible. ¡Cuánto me gustaría poderle haber regalado a mi familia vacaciones como éstas! ¡Cuánto me hubiera gustado disfrutarlas con ellos! En ese momento solo sucedía. Hoy, las añoro como un tesoro.

Cierto es que con el correr de los días, todo seguía siendo idílico, pero –siempre hay un pero– había un punto en la vacación que era un quiebre. Un antes y un después. Un momento clave que me hacía releer todo lo vivido y lo por vivir: el día en que me daba cuenta que tenía que volver. Esto no sucedía enseguida, pasaban varias semanas, pero en algún momento, por algún motivo, a la luz de alguna señal, se me hacía presente la vuelta y con ella un nuevo sabor para lo que quedaba de tiempo.

Durante los primeros días era inocentemente feliz.

Después de la señal... era otra cosa.

Otro tipo de felicidad.

Después de la señal, comenzaba mirar de otra forma.

Me quedaba hasta más tarde en la playa. Trataba de conseguir algunos teléfonos. Me enojaba cuando amanecía lloviendo, qué se yo, otra mirada.

Ya no era lo mismo.

Llegaba en enero a San Bernardo, volvía a fines de la primera quincena de febrero. En el medio, un cambio de quincena y un cambio de mes. Cambio de personas. Muchos se iban y muchos otros venían. Las partidas de los “de enero” marcaban definitivamente mi próxima partida. Desde ese momento ya nada era igual. Los días de enero, tanto los conscientes como los inconscientes, se disfrutaban de un modo; los de febrero, de otro.



## El viaje

Al final, la última semana casi era una añoranza completa: extrañaba Buenos Aires. La cama, los amigos, el barrio, los negocios, la casa... casa que cuando llegaba me regalaba su olor, su personalidad y eso era para mí una fiesta.

Así pasé algunos veranos, que para mí fueron *todos*.

Es muy extraño por dónde se va la cabeza cuando nos permitimos volar.

No es lo mismo saber que alguien se va a morir, que reconocer que se está muriendo. Nada que ver. Son dos cosas totalmente distintas, que impactan de modos extraños en el corazón.

Saber que alguien va a morir es obvio, pero atención, no por obvio, presente. En general no tenemos conciencia de este detalle vital. Estamos tan llenos de vida y apostamos tanto a ella que la certeza de la finitud no ocupa en nosotros un lugar central.

Esto por un lado es sano, imprescindible diría; pero por el otro, terriblemente aletargador.

Muchas formas hay de llamar a la muerte: paso, viaje, final, último adiós, despedida... muchas, yo prefiero en adelante llamarla *viaje*. Me encantaría poder decirle con profunda convicción de fe, *pascua*, pero bueno, por lo menos me animo a *viaje*, en la esperanza de creer lo suficiente. Ni final, ni último adiós, ni despedida: Viaje. Quizás después de escribir y releer, tome coraje y la llame con la boca llena y el corazón seguro, *pascua*. Dios dirá.

Asocié este recuerdo de las vacaciones porque frente a la vida me parece que pasa algo similar.

Creo que todos, de un modo u otro, vamos viviendo muchos eneros. Comenzando historias, relaciones,

## *El viaje*

encuentros, que con el tiempo se convierten en partida. Cambio de mes, cambio de quincena. Experiencias fundantes en la vida que tienen un principio no buscado y un fin improrrogable. Distintos momentos de estas vacaciones que nos pueden llenar de angustia y dolor, o bien, pasadas las despedidas, redimensionar nuestra estadía hasta que nos llegue a nosotros el momento de partir.

¿Se entiende que voy a hablar de vida, de la vida?

Dios quiera que así sea. Es tan importante este regalo.

## La mamá de Pancho

Papá era muy hacedor. Sabía meter mano en todo y todo lo que hacía le salía razonablemente bien. Yo desde bien chico me fascinaba con verlo trabajar.

La jornada laboral era de ocho horas en serio y papá llegaba temprano a casa; cumplía con el rito de la merienda compartida y a eso de las seis de la tarde ya estaba cambiado y con algo entre manos. Arreglaba cosas siempre: planchas, enchufes, un mueble, la cocina. Y para mí eso era todo un programa. Viendo aprendí a creer que podía y con el tiempo, a desear también hacer, pero claro, en casa estaba él y él hacía.

Guardábamos el coche en la casa de una vecina de enfrente. Era una señora muy mayor, alta, con mucha presencia y unas orejas larguísimas. Pelo blanco impecable. Rodete infaltable y, lo que para mí era más llamativo, verdaderamente muy mayor. No me acuerdo bien cuántos años tenía pero seguro que más de noventa. Antes los viejos eran viejos en serio.

Ella era, en casa y desde siempre, “la mamá de Pancho”.

Yo tendría en ese momento unos ocho o nueve años. Era corpulento e inquieto y, quizás por eso, un día me llamó la señora para que le hiciera un favor. Abrió la puerta de su casa y me dejó entrar en su mundo cargado

de historia, recuerdos, soledades y esperas. No era muy importante lo que debía hacer, simplemente correr una maceta de la terraza, pero para mí fue el boleto de ingreso a un mundo lleno de pasado. El pago por la tarea: una inesperada Coca Cola en botellita de vidrio, absolutamente común hoy día, absolutamente poco común allá por los setenta en la heladera de una casa.

Comenzó así una relación asimétrica: uno muy chico, el otro muy grande. Uno ávido de saber, el otro, ávido de contar. Yo necesitaba historias y ella, rememorarlas, narrarlas para volverlas a vivir.

Pasábamos horas hablando. Horas.

Ella siempre tenía una excusa para que la charla termine en una Coca: a veces una plancha, otras un enchufe, una vez el secador de pelo. Correr algún mueble, limpiar un vidrio difícil. Algo, siempre había algo para merecer el premio. Era de una cultura en la que el esfuerzo pesaba más que la gratuidad. La Coca era de regalo, pero había que ganársela. Linda experiencia.

Me fascinaba esa viejita. En casa mis abuelos también eran viejos, bien viejos, pero esta vejez era distinta. No era mi abuela, era mi amiga vieja que me compartía su vida. No me mimaba, me trataba como a un joven y no como a un nieto.

Un día no levantó la persiana.

Dos, tres, cuatro días no levantó la persiana.

Fui varias veces y no contestaba el timbre.

El quinto día pasó Pancho por casa.

Su mamá había muerto.

## *El viaje*

Para mí fue el primer baldazo de agua fría.

La primera persona que se iba durante mis vacaciones.

Cuando llegué del colegio mi mamá me contó.

Fue la primera vez que lloré desconsoladamente por algo que no fuera infantil.

No había juguete roto, no había promesa incumplida, no capricho, no bronca, no reto. Había una ausencia.

No se me había pasado nunca por la cabeza que la mamá de Pancho se estuviera preparando para el viaje. Nunca.

Me acuerdo muy bien. Se me hizo un hueco.

Fueron mis primeras lágrimas del corazón.

Sin darme cuenta en aquel momento, reafirmo hoy que fue un gran momento para los dos.

Sin darse cuenta -siento hoy- ella fue preparando conmigo las valijas para el viaje.

Linda visión ésta.

Creo que si yo hoy estuviera en su lugar haría lo mismo.

Me parece que, sin apuro, comenzaría a preparar el equipaje. Desocuparía la cama y de a poco, con paciencia, iría revisando todos los placares para ver qué es lo que tengo pensado llevar.

Buscaría la ropa que más me guste, me probaría todo de nuevo por las dudas, olería cada prenda para ver si su aroma me devuelve algo de lo que viví con ella.

Una búsqueda que necesariamente es selección.

No tiene sentido llevar toda la ropa. Llevaría solo lo que voy a usar y solo aquello que quiero conservar; lo

## *El viaje*

demás, simplemente lo dejaría a un lado. Nada de esto es mío. Solo me pertenece aquello que me puedo llevar.

Buscaría sin parar para no olvidarme nada importante.

Lavaría las prendas que más quiero y las plancharía para que lleguen como nuevas. Total tengo tiempo.

Miraría los mapas para ver por dónde voy a ir y me imaginaría los paisajes.

Charlaría mucho.

Trataría de buscar en los demás aquellas cosas que quizás yo me hubiera olvidado.

Pediría prestadas cosas como excusa para llevármelas de recuerdo.

Revisaría cartas y papeles.

Seleccionaría fotos e imágenes.

Pensaría mucho en el encuentro. Un encuentro que primero tiene que vivirse y disfrutarse acá, donde estoy ahora.

Me tomaría mucho tiempo en hacer eso.

Sería como devolverle a la vida el tiempo que me dio para vivir y agradecerle lo bueno. Como hacer una última selección y cosechar lo mejor de la siembra que Dios hizo en mí.

No sé si me explico bien.

Es muy importante el viaje y es por mucho tiempo que nos vamos, ¡muchísimo! Por eso estuvimos toda la vida juntando cosas; porque tenemos esa intuición y tenemos también lugar para llevarnos muchas cosas, ¡muchísimas!

## *El viaje*

Y mientras tanto, seguiría viviendo.

Con un proyecto, un objetivo, un ideal: poder reconocer, juntar y ordenar cada vez más equipaje.

Porque juntar cosas para llevar es casi un imperativo.

Imaginate que al llegar, todos los que te estén esperando van a querer charlar, escuchar las novedades, van a querer enterarse de cómo viviste todo y también, compartir nuevamente con vos lo que tanta alegría les causó cuando estuvieron juntos.

Hay que llevar muchas cosas.

Hay que llevar sonrisas nuevas, manos nuevas, caricias nuevas, caricias crecidas, besos atrasados, olores frescos, perdones maduros. Y hay que llevarlas, los que esperan el encuentro seguramente lo van a reclamar. Me los imagino diciendo como chicos “qué me trajiste... qué me trajiste”.

¡Hay tanto que hacer antes del viaje!, tanto.

Tanto, tanto que, llegado el momento seguramente sentiremos que faltó tiempo. Pero allí está lo lindo. Quizás por eso no sepamos la fecha cierta. Quizás sea para que en todo momento tengamos el equipaje preparado y cargado con la mayor cantidad de cosas posibles. Quizás sea un juego de Él para que nos acostumbremos a estar atentos y no dejemos pasar ninguna.

Habíamos preparado con la mamá de Pancho las valijas. Sin darnos cuenta.

Muy linda experiencia.

Muy lindo recuerdo.

Lo pondré en mi valija.

## El abuelo materno, o mejor dicho, el papá de mamá

Setenta años me llevaba mi abuela materna. ¡Setenta y ocho mi abuelo! Una enormidad. Cuando nací eran viejos. Así los conocí, disfruté y aprendí a quererlos gozando también de las miguitas que se caían de la mesa de los recuerdos de mis primos mayores.

El abuelo era un viejito de cuento, pipa incluida.

Sentado siempre en su sillón, su vida pasaba entre música clásica salida de una radio antigua, pipa de tabaco muy duro, historias de cacerías y una nube de humo que quedaba suspendida en el aire como si fuera niebla pesada.

Sus dedos, huesudos y fuertes, reflejaban todavía la destreza de cuando esgrimían agujas y tijeras. Su oficio de sastre lo había marcado y en el modo de mirar, tocar y sentir lo que tocaba, siempre quedaba esa sensación de que estaba, con la yema de los dedos, tratando de descifrar algo más. Sus yemas acariciaban.

Solo uno de sus dedos era diferente. A la luz de los años, creo que era el mayor de la mano derecha, que se sentía áspero y se veía amarillento. Ese era el que usaba para acomodar el tabaco de su pipa entre pitada y pitada.



Hoy siento que ese era casi exclusivamente nuestro lugar de encuentro: la pieza de fumar, al lado del sillón o en sus rodillas.

De un día para el otro el escenario cambió.

Una mañana y un “pis” hecho dentro de su zapatilla derecha de paño escocés que entonces me pareció muy gracioso.

Pasó del sillón a la cama y de la serenidad y cordura al desvarío alegre. Alegre para él, claro, porque para toda la familia, mientras él se dedicaba a decir cosas delirantes, se iba perfilando un drama para mí incomprensible. Yo me reía de las cosas que decía y rápidamente me pude hacer de un lugar al lado de su cama para seguir compartiendo.

Cuando uno es chico no se entienden muy bien las cosas. Yo no podía hacer la misma lectura de la situación que puedo hacer hoy. Para mí, solamente había cambiado de lugar. Sin embargo, había todo un clima alrededor que transmitía un cierto tono de seriedad, cansancio y pena.

Me reía mucho de las cosas que él hacía. Vivíamos casi en la misma casa y yo pasaba por su cuarto cada dos por tres. Me reía de los muñecos nacidos de la sábana, de los pedidos extraños, de sus búsquedas entre las frazadas y sus cortes de tela en el aire. Charlábamos como podíamos y por primera vez le di de comer a alguien en la boca. Aprendí a limpiar una herida, a admirar a un enfermero y entender a quien sufre. También, llegando al final, después de casi un año, aprendí una nueva forma de rezar. Aprendí a pedirle a Dios que acelere los trámites y reciba, a ese abuelo muy viejito y muy gastado. Que al llegar lo lleve a descansar con Él, a su lado.

## *El viaje*

Quería mucho más a mi abuelo que a la mamá de Pancho, sin embargo, todo ese tiempo que estuvimos juntos, todo ese compartir, me había hecho madurar en el corazón otra forma de entender el viaje.

En casa hubo pena pero no desesperación.

Todos sabíamos que esto tenía que suceder. Eran muy claros los signos y muy necesario para él.

Todavía recuerdo con dulzura muchas cosas de ese tiempo. Olores, gestos, penumbras, respiraciones... Había recorrido con el abuelo parte del trayecto hasta la estación y él me había enseñado a reconocer su propio deseo y necesidad de viajar. Él me había hecho entender que su tiempo estaba cumplido.

El día del entierro hacía mucho frío.

Enfrente del cementerio había un bar de esquina bien de barrio.

Los amigos de mi papá me llevaron con ellos a tomar algo.

Me sentaron en su mesa y pidieron una caña para cada uno, y uno de esos "uno" era yo. Llegué a casa a media mañana y me fui derecho a dormir una siesta forzosa. Me sentía grande. Todavía era chico.

## El primer dolor

Nunca el viaje, hasta el momento, había representado para mí nada tan dramático como parece. Dos experiencias bien distintas. Dos formas distintas de verlo. Nunca había visto que produjera ese sufrimiento que tanto aterra a las personas.

Mamá, de vez en cuando al comenzar el frío, preparaba una comida que particularmente yo esperaba: guiso de garbanzos con chorizo colorado. Era sábado y, de paso que merodeaba por la cocina, ella me pidió que lo revolviere mientras se lavaba la cabeza. Una mañana común de un día común. A mí siempre me sorprendía el turbante de toalla con el que salía del baño.

En nuestra casa de entonces, había un bañito en la planta baja pegado a la cocina, así que ella demoraba poco y nunca perdía de vista la situación.

Once y pico y la vi por primera vez. Vi lo que era capaz de hacer esa noticia cuando ataca por sorpresa. Un ventarrón helado. Un latigazo. Un chasquido. Una bola de fuego que irrumpe y quema todo cuanto toca. Un grito profundo. Un gemido. Vértigo.

Sonó el teléfono y llamaban de La Pampa. Un tío muy querido vivía allí y lo acababan de operar. No era la primera vez que se enfermaba. Mamá intuía algo, por

## *El viaje*

eso, imagino hoy, me había dejado de guardia. Atendí y el tono urgente del llamado cruzó la cocina al mismo tiempo que mamá abría la puerta del baño. No sé si nos dijimos algo pero vino corriendo a atender.

Bola de fuego.

Mamá se consumió en segundos. Ríos de lágrimas necesitó para apagar tanto ardor.

Durante muchos años en casa, el guiso de arroz con garbanzos y chorizo colorado tuvo un gusto amargo. Cinco o seis años pasaron para que se lo vuelva a cocinar. Quizás el tiempo que duró la herida abierta.

Yo había visto vivir por primera vez el momento de la noticia.

Esos viajes que para mí hasta allí habían sido simples de comprender, ahora me iban mostrando otra cara: la cara del que se queda, del que no quiere despedirse, del que no quiere quedarse solo. Creo que fue la primera vez que abracé a alguien para que pudiera llorar, y ya que estaba, lloré también. Sentí pecho a pecho, con mamá, cómo late y retumba un corazón herido.

## Nota al pie

Estoy escribiendo estas líneas porque tengo necesidad de revisar, de revolver en mis propios cajones. Mamá está preparando sus valijas y quiero ayudarla a empacar.

Buscando, quizás encuentre cosas que ella pueda llevar, o por lo menos, me encontrará a mí más diestro en esto del armar equipajes. Ahora, ¿quién es diestro para esta tarea? ¿Quién está preparado? ¿Quién sabe el cómo?... Dios dirá.

No puedo dejar de pensar en Jesús.

Pero es momento de cruz, no de pascua.

No puedo dejar de pensar en Jesús en la Cruz.

Pensar en sus amigos idos.

Pensar en su Madre incondicionalmente a la espera.

En sus amigos presentes.

En su dolor.

En su pena por irse.

En su incertidumbre.

*El viaje*

En su miedo.

En su miedo.

En su miedo.

Miedo raro.

Miedo al fin.

Permiso, pero voy a seguir buscando.

Tendría que encontrar la paz.

Voy a seguir rezando.

## La paz de Jesús

Al buscar, ustedes lo habrán podido comprobar, no siempre se encuentran las cosas en orden. Por lo menos yo soy bastante desordenado. Meto la mano en el ropero, saco una remera y arrugo cinco. Pero bueno, van apareciendo las cosas y uno las revisa. Buscando uno se hace un catálogo: se encuentran cosas o se reconoce haberlas perdido. En estas líneas pasa más o menos lo mismo. No tengo ningún interés en ser fiel ni a la historia, ni a los hechos. Busco cosas que están en mi corazón y las reconozco por las sensaciones que me quedan de ellas.

Lo conocí a Claudio por casualidad. Trabajo nuevo, amigo nuevo; amigo de un amigo, un caso raro de carácter transitivo de amistad.

En poco tiempo nos contamos todo. Como chicos, como adolescentes que se abren y se exponen, pero claro, ni él ni yo somos adolescentes y contamos sin quererlo cosas grandes: grandes aciertos, grandes errores, grandes alegrías, grandes penas, y de éstas últimas, Claudio tenía dos muy frescas. Una vivida y la otra en marcha. Madre y hermana con cáncer. Una ya en la Casa del Padre y la otra, a menos de dos años, preparando las valijas para seguirla.

Muy difícil de tragar. Muy duro. Mucho para tan poco tiempo.

Una vez, entre café y café sucedió lo que tenía que suceder; Claudio hizo la pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué a mí?... pregunta vital que nos asusta tanto que, por lo general, la respondemos casi estúpidamente. Enseguida nos sale retrucar, rapidito para no avanzar más en el tema y con cara de Madre Teresa decimos: ¿por qué a mí no? Como si la obviedad funcionara. Como si se pudiera filosofar en esos momentos. Quien sufre no comprende la sutileza. Tampoco tiene obligación de entenderla. Sufre hoy, concretamente.

Claudio preguntó “por qué” y no le contesté con tono meloso; simplemente le dije “no sé”. Después de un silencio eterno, me brotó del corazón una frase (creo que es un salmo) que traduje como pude: *“el Dios que permite la herida regala la curita”*. En ese momento, lo primero que brotó. “Permite” es una palabra fuerte, pero todavía me faltaría alguna pascua para encontrar la palabra exacta. Ese día dije “permite”... hoy ya estoy convencido de que no, pero bueno, vamos por partes.

Al día siguiente, Cristina, la esposa de Claudio, recibía de regalo un casete del p. Mamerto Menapace al que le había puesto como única portada una curita pegada en la caja, y con él toda la profundidad del padre y todo mi corazón.

Estaban viviendo un momento muy complicado, de esos en los que no se puede pensar muy claro en Dios. Tiempos en los que no se sabe qué pedirle. No se sabe cómo rezarle, qué decirle.

La enfermedad terminal es cruel pero muy dual: tiempo de agonía pero también tiempo de encuentro, gracia dolorosa pero encuentro al fin. Imprescindible.



## *El viaje*

Entre medio anda Dios y su promesa, ¿será cierto? Creí siempre que así es, pero ahora que está un ser tan querido tan cerca de morir, ahora hay que creer en serio.

Todos sabemos que viajar en avión es el medio más seguro de hacerlo. Las estadísticas lo expresan y corroboran. El más seguro, uno repite en charlas de sobremesa y oficina. El más seguro... siempre... hasta que ves embarcar a tu hija. Allí se te borran todas las certezas hasta que suene el teléfono y escuches el imprescindible “¡Llegué bien!”. Con la muerte pasa algo parecido.

Fe. Hay que pedir mucha fe.

Son momentos en los que se comprende que la fe es una gracia que nada tiene que ver con la razón. Todo puede llegar a entenderse y, al mismo tiempo, todo deja de tener sentido. Se valida la duda por la pena y se habilita el llanto desconsolado. Uno comienza a hacer propio el grito de Jesús: “Padre, por qué me has abandonado”, y es cuando más necesitamos Su Fuerza para entregarnos.

Estar con el ser amado hiere, pero el corazón necesita esa herida; es casi quirúrgica. Podría decir que sin ella se haría mucho más difícil sanar.

Uno desearía pasar todo el tiempo junto al otro, pero no se sabe para qué. ¿Qué se puede decir? Qué que sea trascendente, importante, interesante, útil. Hay una verdad tan excluyente en medio que congela toda posibilidad de evasión. Estar, a la vez de imprescindible se hace también insoportable.

Otra vez Dios. Otra vez el misterio. Solo quiebra ese hielo el amor.

Son momentos en que la reconciliación es mandato. Momentos de desnudez, de pérdida de vergüenza, pudor,

malicia. Horas de reproches vencidos, de cuentas saldadas, de deudas perdonadas. Solo el amor habla. Solo el amor debe hablar. Dios lo hace hablar. Él nos tiene que ayudar a hablar.

No hay futuro ya con el otro. No hay futuro en serio. Hay un presente irrespirable y hay un pasado redimible. Se saborea con amargura lo que ya no se podrá vivir. Se imaginan ausencias y sillas vacías; pero ese dolor enseña, es maestro para ayudarnos a valorar cada minuto, cada recuerdo o cada cosa vivida con el otro. Precisamente somos capaces de sufrir el anticipo de la ausencia porque tenemos el corazón lleno de presencia; porque vivimos grandes momentos juntos y ese calor nos hace intuir el frío que vamos a sentir.

Es difícil que fuera del dolor podamos re-conocer a quienes nos aman. Lamentablemente es difícil. Estamos tan seguros de ser amados que no nos preocupamos por el amor y así, muchas veces también, dejamos de amar. Ahora la cosa es distinta. Me duele que te vayas porque pensando en perderte me re-encontré con el regalo de tenerte. Ahora no quiero que te vayas. Nunca lo había pensado tan seriamente. ¡Ahora no quiero que te vayas!

¿Qué me pasa? ¿Me habré dado cuenta tarde? No. Recibí la Gracia de darme cuenta. Dios nos está escuchando. Él me va anticipando Su Paz, y atención, no hablo de aceptación, tampoco de alegría, digo paz, PAZ, corazón en paz.

La paz de Cristo solo puede vivirse a partir de una profunda comunión de amor.

No importa demasiado de qué forma se nos presente, pero siempre amor. Amor explícito, concreto, tangible. Amor que debe ser gesto y palabra. Siempre ambas

## *El viaje*

cosas pero nunca dejar de ser gesto. Amor que toca, acaricia, peina, besa, cuida, cobija, cura, limpia. Concreto. Nada de *"no me sale expresarlo"* ni de *"él o ella ya lo saben"*. Y si siento esto, hoy, pido al Espíritu el valor de tocarme como nunca me permití tocarme, de acariciarme tímidamente hasta que tu amor me dé la confianza. Amor concreto de gesto concreto. Contagioso, que se propaga y se entrelaza y nos convierte a todos en uno.

Puede ser el fruto de un amor de años, de días, de meses o de horas. No importa. Tiene que ser el fruto de una entrega que solo podemos vivir permitiendo que Jesús nos habite y viva en nosotros. Él cuando llega trae su Paz. Me parece que así llega la paz de Jesús frente al viaje. Es más, estoy seguro. Es incansable Dios en esto de usarnos para hacerse presente. Su Reino está entre nosotros.

Quizás sea el momento de rezar un Padre Nuestro en la certeza de la promesa cumplida. Bien despacio. Saboreando las palabras. Leyendo en la oración sencilla que nos enseñó Jesús la hondura de un Dios sencillo.

## La culpa del miedo

Estando al lado de alguien que agoniza, hermanándose en su sufrimiento, respirando con él, uno va sintiendo la certeza de que ese dolor, ese sufrimiento no es la voluntad de Dios. Es parte de una naturaleza que Su designio mantiene inalterada, parte de un proceso vital igual de milagroso que la vida misma, pero mucho más duro.

Jesús nos mostró de qué forma sufre también Dios el dolor humano y hasta qué punto parece ser ese un espacio respetado por Él como parte de la vida.

En sus horas finales, Jesús nos enseña que el sufrimiento es siempre incomprensible para el hombre. La novedad de Jesús no radica en la esperanza del no-dolor, sino en la certeza de una vida que no se reduce a terminar en la muerte.

Jesús siente el amor, la libertad y la confianza para pedir compasión. Reproche dulce pero reproche al fin. Se siente abandonado. ¡Él se siente abandonado!

Este grito de Cristo habilita nuestro grito.

“Padre, por qué me has abandonado.”

Se hace hermano de nuestro grito angustiado.

“Padre, por qué me has abandonado.”

## *El viaje*

Jesús nos libera para vivir el vértigo que produce la entrega. Porque frente a la experiencia de la muerte hay un punto en el que se salta al vacío. Solo rescata la gracia de la fe, pero en el momento de saltar o ver saltar al amado, el vértigo es indecible.

“Padre, por qué me has abandonado” grita, susurra, murmura, exhala Jesús antes de morir.

La cruz nos regala, entre otras cosas, la paz de no sentirnos culpables de temer.

## El regalo

Hay veces en las que la muerte se percibe como un regalo, es más, se pide para el ser amado tanto, que ya después es imposible pedir otra cosa.

Ciertamente, en algunas oportunidades aparece vestida de regalo y con moño incluido. Una de esas fue la del Tío Andrés y la Tía Judith.

No eran tíos de sangre pero el amor de mamá y papá los habían validado. De novios desde muy chicos, se casaron jóvenes y celebraron desde allí con una gran intensidad la amistad.

Por estas cosas de la vida, y pese a que lo deseaban profundamente, no habían podido tener hijos. Llegar a casa de ellos era una fiesta para todos.

Como matrimonio se los veía siempre bien. ¿Si discutían? Claro que discutían, pero quedaba en el aire olor a amor. Eran un muy lindo ejemplo. Son un muy lindo ejemplo.

Vivían juntos, pero no en el sentido obvio de la expresión: ellos *vivían* juntos. Trabajaban en su casa y compartían todo el día y con un extraño equilibrio, el trabajo, el matrimonio, el descanso, la vida... Vivían juntos. Fuerte la imagen.

## *El viaje*

Una mañana, recién llegado a la oficina, recibo un llamado telefónico: era mi papá y con muy mala voz. Nunca había sido bueno para dar malas noticias, pero casualmente siempre era él quien tenía que darlas. "Tengo que darte una noticia muy fea" me anticipó ni bien comenzamos la charla; y sin darme tiempo para preguntar nada, prosiguió "me acaban de avisar que se murió la Tía Judith". Para mí fue totalmente inesperado, habíamos estado un par de días antes con mi mujer y mis chicos visitándolos en su casa. Los habíamos visto bien, distendidos, muy pero muy unidos y quizás por eso lo primero que pregunté fue por el tío... "¿Cómo está el tío?" Pero a papá le faltaba bajar algunas cartas todavía... el tío también había fallecido.

Nada de accidente, nada extraño. Dos muertes naturales pero simultáneas. La tía se había descompuesto en su taller de tejido y el tío, después de confortarla con una almohada para que espere más cómoda al médico de urgencias, se había ido al living para abrir lo más rápido posible; es más, había dejado la puerta abierta de par en par. Cuando entraron los médicos lo encontraron a él en el sillón, las mujeres que estaban en la casa llegaron al living cuando lo estaban revisando. Ellos con sobriedad les dijeron "no hay nada que hacer". Nadie entendía nada. "¡No es él quien se descompuso!... está en el fondo." Aturdidos, los médicos dejaron al tío y fueron hacia el fondo. La tía también había partido. Una cosa muy extraña. Algo muy lindo para ellos. Un impacto tremendo que solo se pudo asimilar fundándolo en el amor que se tenían. Ninguno de los dos hubiera soportado la partida del otro. Un regalo. Un gran dolor.

## Libres

Nunca es el momento.

La actitud de Jesús frente a la muerte sigue sorprendiéndome y sigue liberándome. Él, sabedor de lo prometido, teme al punto de implorar para evitarla.

No es tampoco voluntad de Jesús morir: “Si podés, apartá de mí este cáliz” murmura entre sombras.

Vino a salvarnos y esa misión incluye el “hasta dar la vida”, pero lo incluye como última expresión de entrega, como consecuencia inevitable y coherente de amor verdadero. Jesús no desea la muerte: como verdadero hombre tiene que aceptarla y lo hace sin vergüenza, exhibiendo la angustia que ella le produce.

Ahora, ¿cómo esperamos nosotros vivir ese momento siendo débiles y limitados como somos? ¿Sentimos la presión de vivirlo mejor que Jesús; de aceptar graciosamente la misma noticia que a Jesús le hizo transpirar sangre?

Jesús libera también de esa actitud. Pone el hombro para que podamos llorar sin pudor, y llora con nosotros con las mismísimas lágrimas con las que lloró la muerte de su amigo Lázaro y su propia muerte.

Como cristianos muchas veces escuchamos o dijimos expresiones como: “gracias a Dios es una persona



## *El viaje*

de fe”, o “es una familia muy creyente: lo van a sobre-  
llevar”, y con la afirmación va la carga inmisericorde.  
Si tenés fe o si sos creyente lo *tenés* que tomar de otra  
forma. Siguiendo este razonamiento, se ve que Jesús no  
tenía tanta fe y que no le alcanzaba no solo lo que creía  
sino también lo que sabía del Padre y del Reino. Jesús  
tendría que haber dicho en tal caso: *“Qué bueno, Padre,  
pronto volveremos a estar juntos. No importa el precio que  
deba pagar, no importa el dolor ni el sufrimiento”*. Pero no es  
eso lo que dice Jesús. Su honestidad nos hace humanos,  
profundamente humanos y nos acompaña para vivir el  
trance. Nos libera frente al dolor.

## Guerrero valiente

Habíamos, *curita* y casete mediante, comenzado con Claudio y Cristina un camino especial. La *curita* rápidamente se convirtió en puerta y, sin darnos demasiada cuenta, nos habilitó para charlar muchas más cosas y mucho más profundamente.

Claudio ya tenía experiencia en esto de las despedidas, pero las despedidas que había vivido eran las previsibles, madre y padre, orden natural, nunca deseado pero natural. Ahora le tocaba lidiar con una medio inexplicable: hermana, y de cuarenta y dos años. Él veía complicada la situación pero se aferraba muchísimo a la esperanza cada vez más delgada de la vida. Tenía por delante un camino complejo como era el de sostenerse, sostener a su esposa y, lo más difícil de todo, sostener a su hermana. Yo trataba de irle tirando pistas para que se fuera preparando; algunos días, parecía detectarlas, otros, volvía, como en el juego de la oca, varias casillas atrás.

Él es un optimista encaprichado, lindo, pateo para adelante con fuerza y agacha la cabeza y arremete, pero hay momentos en los que es necesario frenar un poco y dar tiempo.

Acompañar a un enfermo terminal me parece que es similar a caminar con un niño por la calle. Cuanto más

apurado uno va, más se le complica el paso y en vez de avanzar uno termina tironeando a la criatura. Tironea tanto que se empieza a enojar y, entre tirón y tirón, a veces viene la caída: resultado, rodilla raspada, llanto desconsolado y más carga, porque de allí en adelante se tendrá que llevarlo en brazos y, lo que es peor, llorando. Caminar más rápido no siempre es el método para llegar antes y mucho menos llegar mejor. Los excesos de optimismo pueden volverse perjudiciales y sin quererlo equivalen a tironear al nene. Yo me sentía en la necesidad de ayudarlo. Ya había vivido algo similar, y después de esa experiencia me había hecho el compromiso de, en la medida de mis posibilidades, ayudar siempre al que estuviera en una condición similar.

Con Javier nos conocimos en uno de esos veranos eternos de juventud. Un personaje “el gallego”. Divertido, decidido, noble, trabajador, inteligente, tipazo y amigazo. Los años nos siguieron uniendo y de amistad de verano pasó a amistad profunda. Planes, estudio, salidas, y de pronto terminó de novio con alguien muy importante y muy querida para Alejandra (mi esposa y en aquel tiempo novia) y para mí. Compartimos también entonces noviazgo y más planes; pero la vida le tenía reservada una triste sorpresa: recién pasados los veintidós, un cáncer aprovechó todas sus ganas de ser y fue. Luchó a lo macho, con toda su entereza y todo su coraje. Con una hombría que sería su sello e impronta, pero la enfermedad también había apostado fuerte; artera y silenciosa siguió adelante y finalmente ganó esa batalla. La guerra, sin duda la tenía ganada él. Ella ganó una batalla.

Javier puso todo de sí, como corresponde. Pero en un punto la resistencia fue tal que sufrió más por resistir

que por sufrir. Recién en los últimos tiempos se dio el lujo de la paz, de la calma, de la entrega. Porque en algún momento hay que entregarse, prepararse, dejar que se abran los puños y aflojar los dientes.

Yo lo viví desde muy cerca. Fui su escudero en muchas reyertas y participé de escaramuzas y preparativos. Conocía la cara del enemigo y después de los encuentros limpiaba las heridas. No podía decirle que no pelee pero, veía cuánto sufría los golpes. Esa fuerza y esas ganas eran contagiosas; todos los que estábamos con él nos sentíamos en la obligación de pelear y proponerle nuevas armas y nuevas estrategias. Lógico, natural. Javier era muy joven. No quiero ni imaginarme lo que debe haber sentido su madre. Ella lo vivía en silencio. Sé lo que sintió su hermana y su hermano del corazón. Sé también cuántos heridos dejó esa batalla. Cuántos muertos.

Después de su partida, en la medida que el dolor primero se iba disipando, en la medida que volvía a brillar el sol, tuve una intuición: nunca más. Nunca más iba a dejarme llevar por la vorágine del aferrarse contra todo. Entregarse sin pelear, ¡tampoco! Pelear sí, de todas las formas y por todos los medios, pero hasta el punto justo en el que son más las heridas que uno se infringe que las que infringe el enemigo. No es cuestión de rendirse, es cuestión de valorar. La muerte puede matarnos si no nos damos cuenta, y nos mata cuando nos impide vivir. Peleando estas batallas muchas veces se deja de vivir y es allí cuando uno cae muerto.

Javier, gracias a Dios, a tiempo pudo darse cuenta y vivió su vida hasta el final. Entendió que debía hacer planes más cortitos, que tenía que volver a valorar co-

sas, que era necesario para él caminar más despacio, estar más relajado, gustar más de las cosas, que era necesario vivir. Y vivió y partió un día como un grande. Llevábamos poco tiempo de casados. Ale estaba internada por el nacimiento de Martín cuando le detectaron la enfermedad; cuando partió, hacía pocos meses que Agustina llenaba de alegría la cuna. Yo tenía 24 años, él 26.

Claro, quince años después todo se ve de otro modo. La forma en la que Claudio estaba encarando la batalla se parecía mucho a aquella de Javier. Sentía la necesidad de cumplir esa promesa. Si tenía algo para aportar lo aportaría. El asunto era cómo encarar la cosa.

Muchas veces cito al padre Mamerto Menapace. Él es para mí un auténtico decidor de cosas de Dios y las dice muy bien. Había llegado a mis manos un libro –que considero– imprescindible: *El paso y la espera*. Al leerlo y releerlo, mucho se me había aclarado y mucho, nacido. Nunca había leído algo tan cercano a lo que sentía respecto de la muerte, tan de acá, tan propio, así que, pensando cómo abordar a Claudio, se me ocurrió que prestárselo sería una buena forma de abrir un nuevo diálogo. El asunto era cómo dárselo. Sin embargo, sentía que ese era el camino.

Lo tuve casi un mes en el portafolios. Todos los días lo veía y no lograba encontrar el momento. Di vueltas, vueltas y más vueltas. Una mañana no sé por qué señal me pareció el día correcto. Sin aclararle nada, me acerqué, se lo dejé en el escritorio y le dije que si tenía ganas lo leyera, que era también del padre Mamerto, el mismo que el del casete... que me parecía que les vendría bien.

Él también lo tuvo días en el portafolios.

## *El viaje*

Todas las mañanas, al pasar por su escritorio, lo veía con el rabillo del ojo allí, entre los papeles. Él no comentaba nada. Yo no preguntaba nada, pero pensaba y pensaba: habrá sido el momento... lo habrá leído... le habrá caído mal. Él, mudo.

Cuando Claudio abraza no te larga. Se aferra a vos hasta lograr transmitirte todo su calor y todo su amor. Es muy raro y a la vez muy lindo. No abraza así a todo el mundo y la primera vez que lo hace, te sorprende, después te incomoda un poco y finalmente, no te da ganas de soltarlo. Esa mañana se acercó a mi escritorio, me abrazó y después de un rato recién me contó que había leído el libro. El abrazo me confirmó que no me había equivocado. El libro nos había abierto definitivamente un nuevo espacio. Claudio había entendido qué hacer para que su hermana gane la guerra.

## Golpe

Con el tiempo me tranquilizó no ser el único.

En *El Paso y la Espera*, Mamerto me tranquilizó bastante, y mucho más el saber que ya hace mucho, muchísimo, el salmista pidió lo mismo: *Señor, libranos de una muerte súbita.*

¡Qué complicado es lo que voy a tratar de decir!

Contra esto va el mundo. Uno se carga con la cultura y casi al mismo tiempo en que crecen las cesáreas para evitar el dolor de parto, se generaliza el “pedido” de morir rápido, sin darse cuenta. Cientos de veces escuché decir “*no, yo prefiero un ataque al corazón... dos minutos y listo*”. Yo ahora pienso, “*sí, listo para vos que tenías todo preparado, pero para mí no*”. Y menos para los que quedan.

A papá le tocó una de esas. Nunca la había pedido pero, en el reparto vienen mezcladas. ¡Atención, cómo duelen!

Se fueron con mamá a San Bernardo un viernes. Despedida típica, besos, abrazo fuerte, ¡buen viaje! Listo. Un viaje más. El domingo un ataque de presión lo desconectó. Al día siguiente, muy tempranito por la mañana, papá estaba trabajando codo a codo ya con El Jefe.

## El viaje

Sin duda, ese día hubo fiesta en el Cielo... pero acá... acá hubo que pasarlo.

*“Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.  
No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.  
Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos”*

Esto dice Miguel Hernández en su *Elegía a Ramón Sijé*. Serrat lo canta también brutal y también brutal se siente.

El corazón no entiende, las manos sobran. Todo está de más y todo falta. Es un vacío indescriptible. Un dolor. Un dolor. Un dolor. Claro, sí, para él fue mejor... imagínate cómo hubiera quedado después del ataque... está bien... está todo bien; tenés razón. Pero qué dolor. Qué ausencia. Qué frío. Qué vértigo. Qué desorientación.

Para dónde ir. Qué se puede hacer de ahora en adelante. ¡Cuánta razón tiene el salmista! Cuánto me dije que nunca más diría que era mejor no sufrir, por lo menos para mí. Allí creo que empecé conscientemente a tratar de leer en ese sufrimiento de la agonía un mensaje y una oportunidad. Allí en medio de ese dolor que no me dio oportunidad de nada, que no nos dio a ninguno oportunidad de nada, fue que empecé a vislumbrar esto del prepararse y preparar, del vivir como vida los anticipos de la muerte. Preparar las valijas podría decir hoy.

Después, compartiendo charlas de corazón con las personas, varios me dijeron lo mismo. Gente que recibió



## *El viaje*

la gracia de vivir los últimos tiempos conscientes de que eran últimos, pero con la intensidad de considerarlos imprescindibles. Gente que logró ser feliz en la adversidad. Gente que venció a la muerte. Que ganó la guerra, aún habiendo perdido una batalla.

A ver si logro expresarlo bien: dije imprescindibles, no deseados. Nadie los desea... es que nadie quiere irse. No, deseados no. Nada se desea respecto del viaje. Deseamos quedarnos, no irnos. Pero tenemos que saber, en lo recóndito de nuestro corazón por lo menos, que en algún momento, de la forma que sea que nos esté reservada, partir tenemos que partir.

El tema es que no estamos preparados ni para uno ni para otro modo. No estamos preparados y no podemos estarlo. Tenemos que pedirlo. Solo Jesús prepara para esto. Solo Él. Hombre divino, Dios humano. Uno, Padre y Espíritu. Cercano. Presente.

*Nota: hace unos días, muy pocos nomás, mamá me dijo algo que me confirmó esta intuición. Desde su cama y mientras nos preparábamos para entrar en la noche, comentó: "Ahora entiendo a tu papá. Ahora sí me doy cuenta de por qué el quería morir en su cama rodeado de la familia. Él tuvo la muerte que no quiso y me regaló a mí la que tanto deseaba". (Sin comentarios.) – Amén.*

## Decir que sí

Después del libro, con Claudio, el tema específicamente no se tocó más. Sí, obviamente se hablaba de Lita, de la enfermedad, de la situación, pero el tema concreto, no más.

Pasaron así unos meses; conocimos personalmente a Lita en un asado casi pensado *ad hoc*, pero punto. Día a día me enteraba de los pormenores y día a día tomábamos conciencia de que se iba acercando el momento. Parecido a los embarazos: el cuerpo se prepara, los signos son cada vez más visibles, se pierde la movilidad, se entorpecen los pasos, signos.

Lita y Claudio habían participado mucho en la Iglesia de jóvenes, pero, como pasa en la mayoría de los casos, cuando se llega a los veinte cambian los horizontes y los jóvenes toman otros rumbos. Triste pero real. El rumbo de ellos, los había dejado con fe pero también con algunos gustos raros en la boca. Nos cuesta mucho comprender –y más si nos alejamos–, que por un misterioso designio de Dios, nosotros somos los elegidos para construir su Iglesia, y precisamente nuestros errores, los bien humanos, son los que la mayoría de las veces nos alejan. Pero es inútil: en general, una vez que probamos tener pastor, cuando se acerca el lobo, añoramos ser pastoreados. El asunto es cómo volver al rebaño.

Por allí andaba Claudio. Dándose cuenta de que Lita quería ser pastoreada y también de que no sabía cómo volver. Lita estaba enojada y, obviamente, no le faltaban razones: estaba anunciada la partida y ella no tenía ganas de viajar.

Una tardecita, tímidamente, Cristina llamó a Alejandra y le dijo que Claudio quería saber si Pablo podría venir a ver a Lita. Claro, para Claudio era difícil de pedir y no se imaginan lo complejo que era para mí aceptar: ¡tengan presente que también yo soy oveja!

Los interlocutores sirvieron para que todos pensemos qué hacer. Yo no tuve que decir que sí por compromiso y él no se vio en el compromiso de obligarme dulcemente a decir sí. El asunto es que en estos casos hay que pensar menos y sentir más, así que dejé de analizar el para qué y comencé a escrutar el por qué: *cosa de Dios*, me vino al corazón y como cosa de Dios, cuando las propuestas vienen de su lado tenemos dos opciones, decir que no o decir que sí. Ese día dije sí, como me enseñó María. Sí. Y hacia allá partí, sábado por la tarde, sin tener la menor idea de qué iba a hacer pero con la certeza absoluta de por qué iba.

Claro que a esta altura ustedes podrán preguntarse “para qué este hombre está contando todas estas cosas”, simplemente porque todas estas cosas pasan y pasan así, entremezcladas con la vida cotidiana, con el trabajo, con la familia, con el amor, con el cansancio. Pasan. Pasan y enseñan, y preparan, y vuelven a pasar y a enseñar, y a preparar. Enseñar y preparar para algo en lo que uno nunca puede sentirse seguro de saber ni de estar preparado.

Ale y los chicos habían salido justamente ese mismo día de vacaciones. Yo, por lo tanto, me había quedado

solo en casa así que aproveché y me anuncié a dormir en casa de Cristina y Claudio. Llevé alguna ropa para cambiarme, papel, lápiz (de rigor), la Biblia y un frasco chiquito de agua bendita. No sé bien para qué, pero viajaron conmigo.

Comimos un asado. Charlamos mucho de cualquier cosa. Cenamos y nos fuimos a dormir. No tenía ni la menor idea de qué tenía que hacer para ayudar a Lita pero había dicho que sí.

Durante la semana la cosa empeoró un poco. El jueves volví a ir a pasar la noche con ellos. El ambiente estaba más denso y Lita hacía noches que no dormía, noches, muchas noches. Intuyo que quizás por miedo a no despertar. Gotas de sangre transpiró Jesús, Lita, insomnio. Lita, también.

Terminamos de cenar y como quien no quiere la cosa entré a la habitación a saludarla. Yo iba a dormir, ella no. Me arrodillé al costado de la cama y empezamos a conversar. Ya no era de bueyes perdidos la charla. Un programa de televisión dio paso al tema y la cosa venía por el lado de la vida, la muerte, la vida después de la vida, así, como hablando de otras personas. También salió lo del insomnio y se esbozó lo del miedo. Lo mío no era tan inocente. Traía por las dudas en el bolsillo el frasquito con el agua bendita y mientras hablábamos de noches largas y negras, le conté a Lita que, cuando no podía dormir y se me pasaban cosas raras por la cabeza, me levantaba, agarraba el frasquito, me mojaba un dedo y mientras rezaba un Ave María, me signaba la frente con la señal de la Cruz. Un trámite sencillo pero efectivo. Mientras le contaba, tomé el frasquito y lo puse en su mesita de luz: "te lo dejo" le dije, "gracias" me

contestó. Nada más. Un beso y hasta mañana. Al día siguiente me levanté temprano y me fui. Seguía sin hacer nada, pero seguía diciendo sí.

Con Claudio habíamos quedado en que el sábado volvería a ir. Mi familia seguía afuera así que tenía todos los caminos allanados para hacerlo. Justo después del mediodía iría para allá.

A la mañana se me anticipó Claudio. Me contó que Lita había dormido toda la noche. Que antes, al despedirse, habían estado charlando como nunca, que se habían dicho cuánto se querían, que habían confesado sus alegrías y sus miedos y que ella, antes del beso de las buenas noches, le había pedido que buscara "ese frasquito que dejó Muttini" detrás del portarretratos; que lo abriera y con el agua bendita le hiciera la señal de la Cruz en la frente, y que rezara con ella un Ave María. Claudio le hizo caso. Después le preguntó: "¿le quieres pedir algo a la Virgen?"; ella le dijo que sí, que le quería pedir que pudiera descansar bien esa noche y que mañana se levantara mejor.

Claudio me llamó para contarme que esa noche en esa casa se produjo un milagro. Que Lita durmió toda la noche, y que al salir el sol, cuando la fue a ver, la Virgen ya la había pasado a buscar. La paz del Señor estaba con ellos. Lita se había sentido mejor esa mañana. Mucho mejor. Fue la primera vez que pude comprobar qué sentido tenía esa expresión "Paz de Jesús". Primera y fundamental.

Había ido a la casa de Cristina y Claudio sin saber qué hacer. La Virgen necesitaba alguien que la lleve. No le gusta entrar de prepo. Se ve que tenía que ir nomás. No había sido en vano decir Sí. Nunca es en vano decirle que sí a Dios. Hay que estar.

## Hablar con Jesús

Los otros días pasamos una muy mala noche. Mamá se sintió morir y nosotros también sentimos que se moría. Fue un segundo. Está todo bien. Todo claro, pero cuando llega el momento hay que hamacarse. Muy complicado. Entre nervios, emociones, penas y dolor, me dijo: “hablale a Jesús de mí”. Hablale a Jesús de mí... que frase tan rara y a la vez tan cercana. No dijo *rezá*, no se refirió a Jesús como alguien que está más allá, lo hizo como alguien muy cercano, algo así como el *Abba* que tanto Él usaba refiriéndose al Padre. *Abba*, podría traducirse como Papá. No es lo mismo que padre. Papá implica una familiaridad distinta, implica familia. Uno no le dice papá a cualquiera. Lo hace solo si ese padre es su papá. Jesús lo llamó Papá a Dios y mamá me dijo *hablale*. Obvio que le hablamos y juntos. Le pregunté si quería rezar y me dijo que sí, y sin perder ni un segundo, rezamos juntos, por primera vez desde que no me acuerdo, un Padre nuestro mejilla a mejilla. No era su momento, pero sí el momento de comenzar una nueva relación.

Me queda grabado el *hablale*. Qué puedo decirle yo a Jesús de mamá que Él no sepa. Quizás me estaba invitando a un diálogo. Quizás me invitaba a que charlemos los tres, a que nos sentemos los tres a conversar. No

## *El viaje*

hace mucho tiempo de esto pero es increíble todo lo que me está diciendo Jesús a través de ella. Qué importante es estar. ¡Qué importante!

## La información

No sé hasta qué punto avanzamos o cuánto retrocedemos. No sé.

Hay espacios de la vida en los que el misterio, la incógnita, son maduradores naturales de frutos. Claro que muchos dirán que estoy equivocado o simplemente no compartirán la idea, pero por lo menos yo siento que necesito algunos espacios en blanco para madurar las cosas.

Un ejemplo es el asunto del sexo de los chicos en los embarazos.

Hay un cuerpo sin ventanas que no nos deja ver. Un vientre que no hace distingos y encierra la vida protegiéndola mientras la amasa y moldea. Un tiempo cierto pero no preciso. Una oportunidad de amar, creo que por única vez en la vida, desinteresadamente. Entiéndase bien: amar a ciegas. Amar por amar al amado sin que nos seduzca de ninguna forma. Sin saber si será lindo o feo, alta o baja, sana o enferma, mujer u hombre. Se ama esa hija, ese hijo, con el mismo amor indistinto. Se ama a ciegas por amor desinteresado, y ese desinterés nos educa también, nos forma, permitiéndonos prepararnos para amar al amado tal como es y tal como se presente; porque primero lo amamos por amor, no por su sexo, su salud, su belleza. Se imaginarán que nunca



quisimos que nos dijeran el sexo de ninguno de nuestros tres chicos. Con Santiago, tengo que confesar que estuvimos tentados, pero bueno, pasó la ansiedad y vivimos la sorpresa.

Qué quiero significar con esto. Que no sé muy bien hasta qué punto es bueno saber todo. Porque es importante saber, pero luego hay que poder manejar la información. Por algo será que hay tantas cosas libradas al misterio.

La ciencia va avanzando y con ella también se producen los cambios.

Entiéndase que digo esto desde el más absoluto desconocimiento de la psicología. Ellos sabrán y tendrán sus razones, pero me asiste el derecho de ser uno más del montón, uno de esos hombres a los cuales los médicos entienden que "hay que decirles todo".

Saber todo es como que el mago te cuente el truco antes de hacerlo. Se entiende mucho más el espectáculo, se reconoce más la habilidad del mago, pero se pierde la magia. Porque la magia no es el truco, es la ilusión. El truco es un movimiento habilidoso, la magia es lo que el truco nos hace creer. Saber cómo es el truco nos quita la ilusión. Pero es necesario. Pero es muy duro.

Desde que uno sabe todo, todo cambia y más cuando ese todo es definitivo e irreversible. Saber todo nos obliga a madurar de golpe en la cabeza algo que para poderlo tragar debe madurarse en el corazón.

Así, la digestión se hace difícil. No coinciden los tiempos. El padre Mamerto dice que la distancia más grande es la que separa la cabeza del corazón. Creo que tiene razón.

Cómo voy a hacer para acariciar si todavía no me urgen las manos.

Cómo para llorar si todavía no tengo lágrimas.

Cómo para hacerme a la idea de extrañarte si te tengo.

Si hago de cuenta que no lo sé, me siento estúpido. Si finjo para no herirte, falso. Si te lo digo te mato y si no te lo digo, muero. ¿Cómo te trato después? Nada es igual.

Es una carga muy pesada que quizás en algún momento la ciencia revea. Creo que lo que sí es un imperativo es que le exijamos a la ciencia que nos respete. Que no se les escape durante la ecografía una palabrita desafortunada. Que no digan “no *la* ves, se dio vuelta”; porque un artículo de más, una palabra, una sugerencia devela quizás un truco que todavía queríamos disfrutar desde la inocencia del ser sorprendidos. Quizás nos hacía falta tiempo.

Saber más que el otro nos coloca en una posición de desventaja.

Si en un matrimonio uno sabe el sexo del hijo y el otro no, ¿el tema sigue igual? Qué pasa si el papá aparece con la camiseta de Boca y la mamá sabe que es nena. Qué si la mamá teje primero la batita rosa y el papá charló con el ecógrafo mientras la mamá se cambiaba. Nada es igual. No es grave pero no es igual.

Es altamente complicado manejar la información. Uno pasa por muchos estadios desde que la conoce. Algunos buenos, otros no. Frente a la enfermedad irreversible, lo primero que se cauteriza es la esperanza. Dios hace milagros pero la gente se muere todos los días. Si te dicen “incurable”, escuchás *incurable* y comenzás a sentir *incurable*. Grave no es lo mismo que terminal. Un en-

fermo grave es alguien que está luchando por su vida; uno terminal es quien está esperando su muerte. Fuerte. Muy fuerte. Qué habría que hacer entonces, pedir que se nos oculten las cosas... no sé. Quizás sí o quizás no. Creo que lo que sí habría que pedir es que se analice mucho, muchísimo lo que se va a decir conforme a lo que el otro quiere o está dispuesto a escuchar. Respeto.

Me parece que la sociedad y la ciencia de hoy nos imponen la madurez.

Hay que saber. Es nuestro derecho. Y es cierto, es nuestro derecho, pero tendría que analizarse muy detenidamente si nosotros queremos ejercerlo, porque solo allí es obligación para el otro cumplirlo.

Claro que están muchísimos profesionales dándole vueltas a esto, pero en el mientras tanto, siguen enseñándonos trucos que quizás no queremos saber. Qué se yo. Decía nomás.

Es muy discutible, lo sé. Pero también sé que desde aquí, desde el llano, muchos son los que también lo viven así.

## Casa vacía

Quedar huérfano de grande es bien duro; no quiero ni imaginar lo que debe ser vivirlo de chico.

De grande, hay toda una parte de la vida que se va diluyendo y pasa a uno la responsabilidad de la memoria.

Los recuerdos, las historias, las fechas ya son obligatorias. Los que nos siguen necesitan de esa tradición familiar y ahora descansa en nosotros continuarla. Descansa, es un decir. Por lo pronto, se arremolina y pesa. Imagino que después se disfrutará. La vida familiar se sustenta en sus raíces y es un compromiso no deseado traducir su lenguaje, alimentar la savia de sus ramas y bombear la suficiente para los nuevos retoños.

En las casas de los padres todavía está impregnada la vida de ellos. Los gustos, los olores, los caprichos, los sueños, el amor, el dolor. Todo está impregnado.

En cada objeto hay una historia y un porqué; nada es casual, nada está allí por que sí. Todo tiene un recuerdo y un motivo. El cuadro, la mesa, la olla, el sillón y la mancha. Cuando ellos se van muchos se quedan mudos y se nos pierde la riqueza de su historia, pero otros, los más, gritan desde cada repisa imágenes de vida. Las cosas nos hablan. Una casa vacía no es igual a una casa en la que todos han partido. Si está vacía no hay nada; si han partido, esta casi todo, pero distinto.

Ya nada pertenece a nadie. Todas las cosas, como siguiendo un rito de fidelidad eterna serán siempre de ellos, de quienes son sus dueños. Se resisten a dejar sus lugares y nunca lucirán igual en otro. Nos intimidan y cuestionan el cambio. Nos llaman a poseerlas para con ellas seguir teniendo más presente al ser querido.

Entrar a la casa en donde todos partieron es casi violar sus intimidades. Hasta abrir un cajón representa un desafío trasgresor. La casa se defiende y lucha. Tiene millones de recursos más que nosotros. Quiere seducirnos pero a su forma. Quiere hacernos saber que ella es la depositaria de los detalles íntimos de la vida familiar. Y lo logra.

Como de esas cajas de truco en las que salta el payaso al abrirlas, cada cosa que tocamos nos trae algo a la memoria y al corazón. Dulce, salado o amargo, pero siempre con gusto a algo.

Pero hay que hacerlo, hay que entrar y hay que hacerse a la idea. Es imperativo. Solo nosotros podemos hacerlo bien para cerrar el ciclo.

Los otros días entré a casa de mamá. Digo de mamá porque papá ya partió, pero igual es de los dos. Mamá todavía está aquí, pero la casa ya está gimiendo su ausencia. Disfruté como nunca estar unas horas solo allí todavía con su permiso. Sin embargo, tengo que confesar que ya flotaba en el aire el olor a intruso de mañana.

Me abrazó un sillón, me arrulló su música (la que siempre ella escucha) y pude dormir una despedida. Al despertar estábamos todos en los portarretratos asomando pasado. Todos historia. Historia feliz que durante años fue leña para la fogata del hogar.

## *El viaje*

Con nuestros papás se va el testimonio de nuestra infancia; la travesura contada mil veces, la mentira piadosa, el silencio cómplice, el secreto incontable y el olor sorpresivo y gratuito a sopa de verdura.

Se va la certeza absoluta de que alguien está dispuesto a morir por nosotros. Se sella el pacto final del regalo de la vida.

Con nuestros papás se va el techo de la habitación y quedamos expuestos. Pasamos a ser techo definitivo de otros cuando todavía necesitábamos abrigo.

Se hace heroico un amor que considerábamos obligatorio. Consejo la palabra repetida. Canto el reproche. Gracia el defecto. Obligación el abrazo.

Mientras te queda uno te quedan los dos. Cuando el último se va, se van los dos.

Recién allí te quedás solo de soledad de infancia. Recién allí, huérfano.

## Dios y la muerte

¿Puede evitar Dios el sufrimiento?

¿Puede acelerar la muerte?

¿Está la muerte en manos de Dios?

Preguntas casi sacrílegas. Creo que no. Sí estoy seguro de que es misericordioso. Igualmente me da miedo formularlas, pero no puedo dejar de pensar en esto al ver sufrir.

Frente a la muerte intempestiva, frente al chico, al joven, a la mamá de cinco hijitos, al esposo amante o a la madre... ¿puede haber alguna muerte voluntad de Dios? Creo que no.

Creo que nuestro Dios es un Dios de pura vida. Siento que su única preocupación y máxima expresión es dar vida. Me parece que la muerte es simplemente consecuencia de estar vivos y no de una decisión de Dios. De hecho, el matar parece más de animales inferiores que de Dios. Más de bestia que de imagen divina. Los hombres lo hacemos constantemente y no por eso nos parecemos más a Dios. Sí nos hace parecidos a Dios amar. Allí sí hay un signo de Dios.

Que Él sea el único dador de vida no implica necesariamente que también sea el "quitador". Es impensable

que Dios mande a morir; que ordene la muerte de sus seres amados; que diariamente ordene morir a cientos de miles de inocentes en el mundo por las guerras, la violencia de las armas o del hambre. Que ordene morir a criaturas, hermanos, hijos, madres, padres, amigos, nietos. Imposible. Pero sucede que morimos y siento que en eso Dios no tiene nada que ver.

Dios da la vida. Regala vida y regala la promesa de que esa vida que nos ha regalado es total y absolutamente nuestra, incluso hasta el límite de poder darla. Nuestra para sufrir o disfrutar, para amar u odiar, seguir dándola o retenerla. Él, simplemente nos garantiza que tiene sentido usarla bien, que no tiene límite, que no se agota en un montón de carne que embolsa un montón de huesos, que estamos llamados a más, y que somos más.

A mí, intuir así a Dios me libera del reproche que brota del dolor e inmediatamente me ayuda a tratar de reconocer la Vida en mi vida. Me ayuda a poner las cosas en su lugar y pedirle sin darme cuenta lo mejor en oración.

Sería un Dios patético el que nos deje construir una vida, una familia o un futuro, ocultándonos el día y la hora en que debamos partir. Uno malo, el que nos obligue a dejar siempre las cosas sin terminar. Dios no nos mata. No.

Nadie sabe ni el día ni la hora.

Creo que la forma privilegiada que Dios elige para ayudarnos y acompañarnos en el momento indefectible de la muerte, es enseñarnos a vivir. Vivir hoy, como anticipo de lo que seguiremos viviendo mañana. Siempre viviendo. Siempre vida.



Dios no nos mata. No.

Dios venció a la muerte que le mató a Su Hijo.

Jesús venció a la muerte.

Nosotros vencimos a la muerte por Jesús.

El Padre nos enseñó a vencer la muerte.

El Espíritu nos tiene que ayudar a disfrutar la victoria.

Se imaginarán que haber escrito esto me causó un poco de escozor. Estas afirmaciones brotan en el corazón y uno no sabe muy bien por qué. Ni bien lo terminé y releí, me dije: “rápido, mandáselo a un cura... a ver si lo que te tranquiliza te condena”. El padre Mario Pacheco, neuquino él, amigo y guía también, siempre tiene oreja para estas cosas así que allí partió el texto y aquí creo que vale transcribir la respuesta. Ilumina.

“Ninguno de nosotros vive para sí ni tampoco muere para sí. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, para el Señor morimos, porque tanto en la vida como en la muerte, al Señor pertenecemos. Porque Cristo murió y volvió a la vida para ser Señor de los vivos y los muertos.” (Rm 14,7-9)

Querido Pablo:

La muerte es misterio, la miramos por la cerradura, decir algo es un acto de fe, casi de osadía que se tiene ante la muerte, ella misma exige que se la nombre. Aún Jesús no dice todo, solo señala la cruz. Solo ahí la muerte puede ser vivida, no explicable. No digo que sean vanos los esfuerzos por decir algo de ella, pero la muerte solo se vive crucificado, o te mata.

## *El viaje*

La muerte es la experiencia que contradice a Dios, ese Dios de la vida, del que vos hablás y en el que creemos.

La muerte es misterio porque la vida es misterio. La vida “sostiene”, y hasta me animo decir, “justifica” la muerte, la muerte quiere enfrentar al que vive. El Dios viviente, pasa y pascualiza (1) por encima de la muerte. Solo si la vida es obra de Dios en mí, la muerte podrá ser enhebrada en las vueltas de la vida. Jesús vence a la muerte no con explicaciones sino dejándose vencer. Vivir amando es experimentar que permanentemente uno es derrotado por el otro. El amor es pleno en la entrega.

Si la vida puede ser “resignada”, puesta bajo un nuevo signo, entonces puede la muerte ser “resignada”.

Solo si la vida es vida de Dios en mí, la muerte es vida de Dios es mí.

Esto es muy teórico, a mí no se me está muriendo la que me dio la vida, pero, en tu caso, es la que te enseñó a creer.

Hoy leí que “solo es teólogo el que ora”, y yo agrego que solo es teólogo el que aprende del Cirineo. Estoy dispuesto a que nos caigamos juntos, aunque nos aplaste la cruz.

1.- Pascualizar no es atropellar, sino meterse adentro, como el caballo de Troya, con el poder letal de la vida.

“Caer juntos aunque nos aplaste la cruz”: ¿hay otra forma más valiente de acompañar el dolor?

Mario me quiere enderezar pero a mí me sigue retumbando el rumor. Dios tiene que ver con la vida. Tiene que ver con la vida. Pero ¿cómo juega a la hora de la muerte?

Si Dios no tuviera nada que ver con ella, si no pudiera Él, por su propio designio intervenir directamente en nuestra vida, ¿para qué rezamos entonces? ¿Será que es un Dios que no nos sirve?... y, no. Así no. No es un comodín que podemos utilizar cuando las cartas que salieron no nos favorecen. La palabra de Dios no es el horóscopo que tomamos si cae bien o desechamos si cae mal. Ese Dios es el que no sirve. La cruz no es amuleto, la oración no es comercio, los santos no son fetiches. Que el milagro existe, sin duda, pero interpretarlo nos está vedado por el misterio.

Jesús no curó a todos los enfermos del mundo, no restituyó la vista a todos los ciegos ni dio de comer para siempre a todos los hambrientos. Milagro es signo, excepción, no regla.

¡Horror! ¡Vamos a morir! Horror si viviendo no aprendimos a vivir. La muerte parece el final cuando vivimos como sin nada externo a nosotros fuera verdadero. Cuando hicimos de nuestro cuerpo un culto, de nuestros deseos, esclavitud, y del mundo, reino. Cuando adoramos dioses de barro. Cuando pusimos la esperanza en las cosas corruptibles. Cuando ignoramos a los demás y desechamos el amor como rector de vida. Si vivimos así y de vez en cuando manoteamos algo de Jesús como parte de los artículos de consumo que idolatramos, es lógico que la muerte tenga olor a definitivo, a trágico, a final *final*.

Conversión. El llamado siempre es a la conversión. De años, meses, minutos o segundos de nuestra vida. Convertirse es entender el mensaje y ponerse en marcha. Mil pasos, cien, diez, tres, uno. En marcha y en el camino. Porque si se vive una vida conforme al plan de Dios, se puede intuir en el corazón la seguridad de que la muerte no tiene la última palabra.

A ver si estamos entendiendo... ¿quiere decir que no vamos a sufrir? Para nada. Quiere decir que voy a poder re-significar el sentido del sufrimiento. El p. Mario dijo "resignar". Voy a llorar a desconsoladamente la pérdida, pero al mismo tiempo madurarla, resignarme en un amor que me permitirá entender.

No me imagino a un Dios sentado en su trono, rodeado de ángeles y santos, firmando certificados de defunción. Imagino a un Dios que nos viene a buscar, no a uno que nos ordena irnos. Me lo imagino, gracias a Jesús, caminando por los pasillos, acariciando las cabezas, besando las frentes, apretando las manos de quienes están por viajar. Arrojándolos para que no tengan frío. Acomodando sus almohadas para que se sientan reconfortados. Lo imagino acercando sus oídos a sus bocas para escuchar el susurro de aquellas cosas que todavía les pesan, de sus dolores, sus quejas y sus culpas. Lo imagino mirando compasivamente y transmitiendo esa paz de ojos complacientes. Imagino también a sus ángeles acompañando a todos y a cada uno al costado de las camas. A los santos aplicadísimos a los preparativos de los cuartos para recibir a los nuevos huéspedes. Querubines de maleteros, algún arcángel de botones. San Pedro en el mostrador entregando las llaves y a la Virgen, tal como el día de las bodas de Caná, controlando que todo esté en regla, que todo esté en orden.

Imagino a Jesús frente a nuestra muerte como me lo mostró la madre Teresa; recogiéndonos y llevándonos a vivir amados y acompañados ese trance inevitable. E imagino que en el tiempo sin tiempo de Dios, esto pasa en el último segundo o en el transcurso de una larga agonía. Por eso rezo. Porque no le rezo al verdugo, le rezo al Padre amoroso dispuesto a recibirnos en su casa. Porque cuando rezo llamo desde esa cama o desde ese lugar donde se despide el amado para que Dios pase primero por aquí. Como un chico que aún viendo que hay caramelos para todos, clama, gesticula e insiste porque quiere esos que tienen gusto a primeros. Porque rezo en la confianza que recibe, no que quita.

Imagino también que en ese escenario hay lugar para el milagro; para que Dios use su poder de veto y diga "En él o en ella daré un signo... *volvé a tu casa y no se lo cuentes a nadie*", sabedor de que no hay mejor forma de que una noticia se propague.

Así me imagino a Dios y al imaginarlo lo hago oración. Así imagino sus tardes de Cielo, coronando sus mañanas soleadas en las que sale con los chicos a sembrar la vida al boleó en los jardines. Quizás soy inocente. Creo que es lo que Jesús nos mostró de Él. Creo que es lo que Él nos mostró de sí en Jesús.

Me gustaría que alguien me leyera esto el día en que el dolor me quebrante la esperanza. Sería lindísimo que alguien que me ame sienta el valor de decirme en ese momento cosas que, estando lógicamente encaprichado en sufrir, quizás no quiera escuchar. Que me amara tanto que contradiciendo mi voluntad obtusa, me hable de vida cuando yo solo piense en muerte.

*El viaje*

“Hablale a Jesús de mí” me dijo mamá ya hace unos días. Me sigue impresionando la forma en que ella, *la que me dio la vida y enseñó a creer*, me sigue hablando de Jesús.

(Otra noche)

Hoy no puedo entender a Dios.  
Sufro el desasosiego de que es así.  
Tengo la impresión de que eso es bueno.  
No sería Dios si pudiera entenderlo.  
No soy el único.  
Pedro no entendió a Jesús.  
Jesús siempre lo perdonó.

¿Me amás?  
¿Me querés?  
¿Me amás?

Amar sería suficiente.  
Amar, para Jesús, es sinónimo de creer.  
Pedro amó a Jesús y fue ese amor el que le reveló la verdadera identidad del amado. Sin embargo, sabiendo quién era, tampoco lo entendió.

Te puedo amar porque te creo.  
Creo lo que sos, lo que ofrecés, lo que decís.  
Confío en vos.  
Me siento seguro con vos  
incluso cuando no te comprenda.

No entiendo a Dios.  
Por eso necesito la fe.

## Cambio de mes

Y es así que sin darme cuenta, sin siquiera pensarlo, estoy a la mitad de mis vacaciones. Primeros días de tanteos, de aclimatación, primeras luchas con la arena. Discusiones con el sol quemante. Tirarse al agua la primera vez y de a poco perderle el miedo al frío. Disfrutar de la playa y disfrutar de todo lo que ella implica: hacer amigos, jugar, divertirse, ganar partidos, perder partidos, ver atardeceres y amaneceres. Llegadas imprevistas y llegadas deseadas. También en esta primera mitad de vacaciones, tener que presenciar partidas imprevistas y partidas anunciadas.

Cuando era chico, las vacaciones fueron algo que se me dio sin pedirlo. Una vez que fui creciendo y que pude disfrutarlas sí las pedí, las deseé. Hoy confirmo que lo mismo me pasa con la vida. La tuve sin pedirla y al principio la disfruté inocente. Después comencé a esperar otras cosas de ella y, más adelante, me esmeraré en añorarla.

Se están yendo todos los de enero. Viene el cambio de mes y los que sentimos que hace poco que estamos veraneando, sin darnos cuenta en poco tiempo más pasaremos a ser los “viejos”. Conoceremos historias pasadas, sabremos de las tormentas de enero, sabremos los nombres de las personas desconocidas para los que

vienen en febrero, del bañero y del barman. Tendremos ventaja sobre los otros que recién empiezan, pero nos quedará menos tiempo para disfrutar en la playa.

Está bien; tanto no nos importa. Ya tomamos sol. No nos podemos quejar. Ya tuvimos días de calor, ya, días eternos de agua y juegos y arena, y viento y más juegos. Seremos los que animaremos las tardes grises, los que sabemos hacer los panqueques y los que, por haber vivido enero a pleno, podremos acompañar febreros lluviosos.

Es lindo.

Es parte de la vacación; parte del juego. Pero en cada partida de enero, sin quererlo comenzamos a presentir la nuestra.

Mamá está en casa. Yo, en el mismo sillón del otro día. La casa no es del todo igual para ella. Ve que hay signos, preparativos. Vio valijas para el viaje. Sin embargo tengo la profunda alegría de comenzar a presentirla en paz. Siento que ahora ella será la que terminará de preparar el equipaje. Su paz es mi paz.

Estoy en el mismo sillón del otro día escuchando crepitar el mismo fuego. Igual de intenso. Igual de prestado. Todavía no lloramos la despedida ninguno de los dos. Todavía no.

Nos queda una promesa pendiente: estar juntos el día de su Pascua. Ruego a Dios que nos regale esa gracia. Pido ahora nuevamente que nos regale esa gracia. Mientras tanto, aquí estamos.

Buenos Aires es una ciudad muy húmeda. Este otoño no parece ser muy duro, pero la gripe o sus parientes están apestando a medio mundo. No pude quedar afuera. Tengo mucha tos.



## *El viaje*

Los otros días, un amigo me contó un cuentito de amor y de entrega.

Resulta que había un muchacho muy enamorado de una chica. Tenían planes, tenían sueños y tenían un presente que los invitaba a ser. Estaba todo prácticamente listo para sellar el pacto; solo faltaba el sí de ella. Imagino yo que, celos mediante, la chica le dice al muchacho: "Me voy a casar con vos pero con una condición: que me traigas latiendo el corazón de tu madre". Momento tenso. Él pensó unos segundos y después ya no lo dudó. Corrió a casa de su madre, se cruzaron dos miradas y al instante ella se desabrochó el vestido y le ofreció su pecho. Él volvió a no dudar y le sacó el corazón. Mientras todavía latía lo tomó con sus manos y corrió a los brazos de su amada.

Mamá esta noche se siente muy mal. Hace ya días que sabe que va a viajar. Ayer lo charlamos y hoy varias veces en el día. Sabe que llega su momento.

... Mientras corría el muchacho, entre el dolor de lo hecho y el deseo de lo pendiente, perdió el pie y tropezó. Un golpe simple. Una caída nomás, pero para él toda una preocupación ¿seguiría latiendo el corazón?...

La arropé como siempre, como ayer y quizás como mañana.

Me pidió que no haga nada extra para evitar su partida.

Le di un beso.

... Cuando miró el corazón estaba lleno de pasto y hojas secas. Lo volvió a tomar con sus manos y se lo acercó ansioso al oído para comprobar si aún latía...

*Que descanses le dije; que la Virgen te acompañe.*

*El viaje*

... El corazón, ni bien se repuso del golpe volvió a latir. El muchacho aliviado lo limpió. El corazón le dijo: "¿Te lastimaste?"

*Ella me dijo: "Que descanses vos. Ojalá que no tosas esta noche".*

## Fin

Creo que no voy a escribir más.

El sentido de estas líneas es quedarse cortas, dejar ganas, invitar.

Yo, en los próximos días tendré mucho que hacer.

Ella, en los próximos días estará ocupada.

Cosas lindas y duras, muy duras. Durísimas. Tareas indelegables. Sepan ustedes disculpar. Después de esta charla creo que se comprenderá bien la expresión: dejen ustedes... *disfrutar*.

¿Dijo disfrutar? ¿Es loco? No. Me preparo a vivir la Pascua. La fiesta más grande que podemos vivir los que nos llamamos cristianos.

Pascua.

Pascua.

Pascua.

Resurrección.

Promesa cumplida.

Vida.

*El viaje*

Muerte vencida.

Pascua.

Amor.

También cruz.

Pascua.

Quizás pase varias noches más con ella.

Quizás pases varias noches más con él, o con ella.

Quizás la última.

Quizás la mejor.

Decile que lo amas hoy. Díganse todos. Se sentirá identificado, identificada: Dios al oído le estará diciendo lo mismo. Dios estará en vos diciéndoselo. Dios estará también diciéndotelo a vos.

Al llegar, se encontrará más a gusto.

Las voces que escuche en el viaje le resultarán familiares.

No tendrá ya más miedo.

Es lógico: vuelve a casa.

Te quiero, los quiero.